

**DOSSIER**  
ENTRE HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA.  
HOMENAJE A EDUARDO HOURCADE

COORDINADOR: FERNANDO J. DEVOTO

ESTUDIOS SOCIALES 58 [enero-junio 2020]



# INTRODUCCIÓN

## INTRODUCTION

FERNANDO J. DEVOTO ·

Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani», Universidad de Buenos Aires (Argentina).

### I

Eduardo Hourcade (1953–2015). Para algún lector el nombre no evocará ninguna referencia precisa. Para los lectores habituales de *Estudios sociales* sí, y no solo porque haya sido uno de los miembros fundadores de la revista sino porque la misma fue el lugar principal en el que volcó sus textos a partir de aquel en el que problematizaba la cuestión de la objetividad de Ranke en el primer número de la misma —una objetividad que podía ser postulada por el insigne estudioso alemán, como señalaba Hourcade con argucia, porque tenía las espaldas anchas de un punto firme exterior: Dios— (HOURCADE, 1992).

Para aquellos que conocieron a Hourcade, su figura era inolvidable e inconfundible. La organizaban unos ojos entre pícaros y vagamente inquisitoriales, una barba más marxisante que facúndica y los gestos vagamente *nonchalance* que denotaban una irónica resignación ante los avatares del mundo, sin devenir en un pesimismo sombrío. Tonos irónicos que solían hacerse más punzantes y chispeantes cuando hablaba de la Argentina.<sup>1</sup> Sin embargo, en el fondo creo que compartía con su ilustre conciudadano de adopción, Juan Álvarez, la idea de que poco se podía hacer ante el decurso de las cosas, salvo intentar lo que buenamente se pudiese.

1] En uno de los últimos mails ante mis quejas desde Italia por la situación italiana y europea me contestaba desde París: «¿Europa no da para más? Entonces ¿qué hacer? ¿refugiarnos en la esperanza del futuro americano? El Río de la Plata desde Magallanes–Solís en adelante fue siempre prometedor. Piensa en eso. Después de todo es una esperanza que lleva apenas 500 años, vale decir menos que la cristiana, la islámica y simultánea con la moderna», Eduardo Hourcade a Fernando Devoto, 01/06/2015.

No era un discuditor, o no lo recuerdo como tal, sino un razonador, cuya arma era la acotación que buscaba relativizar o desarmar los argumentos del debate. Estaba, además, siempre en movimiento. En las muchas veces que vino a Buenos Aires porque compartíamos experiencias docentes en la cátedra de Teoría e Historia de la Historiografía en la UBA, en el posgrado en Historia en el IDAES de la Universidad de San Martín o en innumerables jornadas o congresos, rara vez lograba que se quedase terminada la actividad a cenar. Alegaba que tenía que tomar un micro de vuelta a Rosario. No diferente era en París. Creo que la última vez que almorzamos juntos fue en la primavera de 2015, en la rue Letellier, y recuerdo con claridad que trajo una enorme torta de chocolate que había comprado en Picard y un vino, probablemente (pero no estoy seguro) comprado en Nicolás. Terminado el almuerzo dijo: bueno, me voy, algo así como lo que implica la expresión italiana *tolgo il disturbo*, y la verdad que hubiera estado muy bien que se quedase a tomar un Calvadós, pero no hubo caso. Solo en las cenas en su casa en Rosario, cuando él era el anfitrión, el tiempo se alargaba hasta la madrugada.

A su modo cultivaba un estilo *undestatement* tan en contraposición con los tiempos actuales en los que las vidas más anodinas pasadas en bibliotecas o archivos o los recuerdos familiares pueden ser espectacularizados y puestos, como decía Ernest Renan y recordaba François Hartog, a la vista de todo el mundo como un retrato de familia en la vidriera de una casa de antigüedades (HARTOG, 2018). Eduardo hablaba poco de sí mismo y de los suyos; tenía ese recato que hubiera podido llamarse señorial, aunque la palabra le habría quizás disgustado. Si se observa el único curriculum suyo que he podido consultar (fechado en marzo de 2015) se nota inmediatamente que no busca alardear y que enumera con la misma relevancia un curso en un Centro Cultural en Rosario o en Casilda o una conferencia en la Universidad de Ca' Foscari de Venecia o en la Maison de l'Amérique Latine de París. Que su tesis hubiera sido dirigida por Roger Chartier no es indicado en el texto, como tampoco lo son sus encuentros institucionales, académicos o personales con otros reconocidos historiadores. Si hubiera vivido en estos tiempos de pandemia (con licencia de Claudio Magris, que cree que esta experiencia es incomunicable y que por ende establece una frontera infranqueable en los diálogos con nuestros pasados) habría dicho algo así como que haber pasado la vida (suya, nuestra) sin alguna experiencia de este tipo hubiera sido una rara anomalía que el curso histórico debía corregir, así como una vez me dijo, en 2013, que era muy curioso haber sobrevivido en la Universidad durante treinta años, sin interrupciones.

## II

Si del bosquejo personal se pasa al académico, la singularidad de Hourcade no era menos evidente. Ante todo, el lector debería tener en cuenta que tanto su tiempo como sus estrategias eran las opuestas de las actuales.

Se recibió en la Universidad Nacional de Rosario de Licenciado en Historia en 1980 y de profesor de Historia al año siguiente. El mismo dejó un estudio sobre esa Universidad que, más allá de lo que sugería su título, se extendía hasta la primavera de los '46. Estaba ahí el eco de aquella edad de oro que habían sido los últimos años 50 y la primera mitad de los '60, en la que, aquí contra el parecer de Tulio Halperin, tendía a creer (HOURCADE, 2006). Que el símbolo de todo ello fuese el célebre tren de los viernes, en que numerosos profesores que emblemizaban esa experiencia viajaban desde Buenos Aires, debería indicar por sí solo la fragilidad de la misma. Lo que vendría luego y con pocas excepciones en el breve intermedio 1973–1974 no ha dejado recuerdos memorables.

La modestia de aquellos que fueron presumiblemente sus profesores y que como el mismo Hourcade recuerda parecían encontrar su mayor habilidad en la flexibilidad para acomodarse a cualquier situación, no deben haber dejado muchas huellas en un joven de izquierda ilustrada con inquietudes. ¿Qué podía hacerse? Le debe ser reconocido, lo que era bastante en esos tiempos, que tenía claro la necesidad de otra formación de posgrado en el exterior.

Con ese horizonte, en 1982 intentó la aventura norteamericana sin éxito. Aunque no sepamos de sus redes de entonces, las mismas no lo colocaban ni en el ámbito de los locales seguidores de aquellos modestos profesores que ocupaban la Universidad (y de los que era más de temer su incompetencia que su ideología), ni en la minoría de aquellas elites académicas argentinas internacionalizadas, que habitaban en los varios centros de estudios surgidos en esos años o en años precedentes y que tenían conexiones muy anteriores, ni tampoco con los nuevos canales para exiliados y refugiados.

Vuelto a la Argentina, intentó con mucho más éxito hacer un posgrado en FLACSO que, como todos los posgrados daba, más allá de saberes mejores o peores, una serie de vínculos que una persona de talento (y percibida como tal) podía aprovechar. De los vínculos de ese entonces recuerdo dos nombres que solía mencionar: Marcelo Cavarozzi y Jorge Dotti. Simultáneamente empezó sus primeras tareas de investigación no en la Facultad de Humanidades sino como adscripto en la Cátedra de Extensión Agropecuaria en la Facultad de Agronomía de la Universidad en 1982–1983.

El retorno de la democracia le abrió varias oportunidades a Eduardo Hourcade, que comenzaría su labor docente como profesor en la Facultad de Humanidades en áreas bien diferentes (Problemática histórica, Teoría de la Historia o Historia de Europa III) y en la Facultad de Ciencia Política (Historia social contemporánea) y su labor de investigación en historia económica regional argentina. Ciertamente en esa variedad puede verse su curiosidad inagotable pero también la necesidad de acumular cargos, ya que no había otra cosa más que dedicaciones simples y las becas de investigación eran bastante escasas.

Sus años 80 fueron de búsqueda y en ellos produjo ponencias, informes, documentos de trabajo, pero publicó poco. Habrá influido la prudencia, el perfeccionismo (que incluía una atención especial hacia la escritura), el apego excesivo a la docencia bien practicada, o la atención a los propios tiempos y no a los de una academia, que no era desde luego la actual con sus absurdas exigencias cuantificables independientemente de que se tenga o no algo para decir.

Sea de ello lo que fuere, dejó inédita su excelente tesis de maestría defendida en 1986 sobre «Ricardo Rojas. Un pasado para la democracia argentina». Con los años, cuando se aludía al tema indicaba que era uno de sus planes para un futuro cercano... Sin embargo, no era ausencia de osadía. El que esto escribe recuerda un concurso en 1989 de Profesor Titular de Historia social contemporánea en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Rosario, en el que osó desafiar al jurado con reflexiones sobre esa materia —en la que sin embargo hacía un extensivo uso de un «objetivista» como Eric Hobsbawm en la bibliografía— al problematizar y relativizar (siempre los matices) los rígidos dogmas del llamado positivismo historiográfico. Dogmas de los que eran y son celosos custodios los fervientes creyentes en el marxismo vernáculo.

Es que, como su tesis sobre Rojas u otros trabajos posteriores mostraban, Hourcade ya había comenzado a explorar no solo las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico —o los usos memoriales del mismo— sino también las dimensiones de opacidad inherentes a ese proceso. En este sentido, no había contradicción en él entre la admiración hacia Marc Bloch —al que dedicó junto con Cristina Godoy una recopilación de textos antecedida por una inteligente introducción (GODOY Y HOURCADE, 1992) y su interés por autores como Robert Darnton (y eso quería decir claro también Clifford Geertz) o la *nouvelle histoire*—. Y si en esta última había un interés por Bloch, no lo era tanto para sus riquísimas reflexiones sobre el *métier d'historien* sino mucho más hacia al que se postulaba

como antepasado de la antropología histórica. Pero agréguese además que Hourcade fue uno de los historiadores que más tempranamente en estas tierras prestó la debida atención a autores como Hayden White o Jacques Rancière, y de los poquísimos que podía identificar con claridad las implicancias historiográficas contenidas ya en el *Michelet* de Roland Barthes (BARTHES, 1988).

Así, cuando en los años 90 y más allá de la docencia decantarían sus intereses historiográficos, los mismos irían hacia la historia de la historiografía y hacia la historia de la cultura, que estaba en pleno ascenso en esos años, y sobre este último terreno, nótese el comentario que realizara en *Estudios Sociales* del libro de quien luego sería su director de tesis de doctorado, Roger Chartier: «Libros, lectores y lecturas» (GODOY Y HOURCADE, 1993).

Años ricos los 90 para Hourcade en iniciativas grupales (recuérdese el Taller de las Mentalidades que coordinaba en Rosario), en publicaciones, como los ensayos que, solo o con Godoy, fueron reunidos bajo el título de *La muerte en la cultura*, o el dossier que con Botalla y Godoy presentó las piezas del debate en torno *La gran matanza de gatos*, y más en general la obra de Robert Darnton (*Luz y contraluz de una historia antropológica*), una obra que él que conocía como pocos (HOURCADE, GODOY Y BOTALLA, 1995).

Desde luego varios de los hilos hasta acá enunciados llevaron hacia su proyecto más ambicioso: la realización de una tesis de Doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Una obra de larga gestación entre mediados de los años 90 y el 2003 y que supuso un notable salto de cualitativo en su producción. Por supuesto que no era una de esas tesis que se hacen cómodamente con una de las numerosas becas que suele dar en ciertas épocas la ubérrima Argentina, ni tampoco como ellas estaba dedicada a un tema más o menos acotado. Por el contrario, fue una tesis hecha en el medio de tantas otras actividades, docentes, formativas, de investigación, editoriales, en el marco de temas como vimos también ellos muy amplios. Una tesis también con ambiciones y sobre un argumento de una enorme complejidad de realización que se desplegaba en un tiempo bastante largo: *La construction culturelle d'une société nouvelle. Le Rio de la Plata et ses rapports avec la France (1800–1850)*. Recuérdese que ella ya implicaba para Hourcade un desplazamiento a la primera mitad del siglo XIX y una inmersión en un mundo en el que las acechanzas estaban, por una parte, del lado argentino en lo muy frecuentado que había sido su historia intelectual y, por la otra, del lado francés, la amplísima cantidad de materiales disponibles para el caso francés.

Numerosos viajes a Francia, en los años 90, incluidas dos invitaciones de la EHESS en 1998 y 2001, le permitieron una inmersión en las inagotables bibliotecas y otros repositorios parisinos, con los que reunió una ingente cantidad de materiales. La defendió en el 2003 ante un jurado que integraban entre otros François Hartog, Jacques Revel y Patrice Vermeren.

Una obra en la que debemos detenernos por su importancia y porque para Hourcade fue el trabajo que consideraba debía dejar su marca historiográfica. Y prueba de ello eran todas las ideas y vueltas que desde 2003, año de la defensa, hasta su muerte ocupaban parte de sus trajines para brindar una versión definitiva. Parecía estar ya lista en 2013, cuando ya había anunciado su publicación en París por L'Harmattan y, sin embargo, todavía continúa inédita en alguna parte a la espera de un *editing* definitivo para su publicación. Esa obra, madurada en diez años y repensada en otros diez, merece que nos detengamos un poco aún si las reflexiones que siguen se basan en el *rapport* que hice sobre la versión original de su tesis y no en las versiones sucesivas o en las presentaciones posteriores de fragmentos que hizo acá o en París.

Ante todo, uno de los mayores desafíos fue para Hourcade como lidiar con un tema tan complejo y vasto como el de las relaciones entre Francia y el Río de la Plata en el medio siglo comprendido entre comienzos y mediados del siglo XIX y cómo tratar de no resignar nada (recuerdo con gracia la parte tan extensa sobre Chateaubriand y las dificultades para encontrar la forma adecuada de encaje). Que se lo haya propuesto, como sugerimos, dice mucho de las diferencias de aquellos tiempos de la historiografía y de estos ¡y tan solo en veinte años! Lo hace, además, proponiendo un entrecruzamiento de distintos planos: la política y la cultura, los intelectuales y los lectores, los textos y la difusión de los mismos, las imágenes de los escritores y los viajeros franceses de América, e inversamente aquella de los pensadores argentinos sobre este mundo y sobre esos mundos exteriores que constituyen sus espejos, en especial Francia y la inteligencia francesa.

Ese rico cuadro no podía ser desde luego afrontado desde un estudio exhaustivo que procediera por ocupación del territorio (a la manera de los antiguos eruditos) sino desde sucesivas aproximaciones que construían una pluralidad de perspectivas solo aparentemente independientes. Así, el problema era abordado desde donde podía serlo: segmentos de un conjunto más vasto, que sin embargo proponen en conjunto un retrato convincente e innovador del proceso que estudia. Ayuda a ello también que esa multiplicidad opera en dos planos: uno más estrictamente



historiográfico, en el cual Hourcade revisita las abundantes lecturas producidas sobre la construcción de una esfera cultural en la Argentina independiente y nos brinda desde allí perspectivas nuevas que sobresalen por la calidad de sus observaciones y por un atributo demasiado olvidado en las últimas décadas: su sensatez. Incluso en su análisis de un tema tan transitado, como la generación del '37 y sus representantes mayores, Hourcade logra sugerir nuevos temas y problemas que enriquecen el que ya entonces era un vasto conocimiento del tema. El otro plano es el histórico. Aquí existen nuevas contribuciones del autor a temas poco explorados o inexistentes en la historiografía precedente. En algunas dimensiones, como las imágenes de tiempo y espacio, la ambigüedad en la percepción del progreso, los circuitos de difusión de los textos escritos, la diferencial situación (con relación a los modelos europeos) de los intelectuales rioplatenses, las imágenes de los viajeros franceses en la confrontación entre los estereotipos previos y las realidades sudamericanas, Hourcade brinda muchas observaciones inteligentes.

El texto encuentra su articulación en una tesis fuerte: la originalidad del proceso rioplatense, porque es hija de una contradicción entre la creación de una esfera cultural que postula unos potenciales espacios de libertad, que el proceso político inmediatamente cancela, pero también porque opera en una temporalidad y un espacio diferentes. Una mirada así bastante idiosincrática como corresponde a aquellas investigaciones que no son una pura erudición sino las que el investigador está en ella involucrado. Más allá de ello, historiográficamente, quizás resuenen en ella, voluntariamente o no, los ecos de las tonalidades de Vicente Fidel López.

Si Hourcade seguiría cincelando su tesis hasta el final ello no le impediría continuar sea con su itinerario Rosario—París, en el que Buenos Aires fue siempre un lugar de paso, ni proseguir con otras líneas de trabajo de las que aquí quieren destacarse dos: la historia de la historiografía argentina (Halperin, Romero) y la indagación acerca de los usos del pasado y los procesos de patrimonialización. Dos acotaciones podrían hacerse aquí: usos del pasado no significaba para Hourcade el contraste entre alguna realidad «objetiva» y su manipulación o falsificación, sino algo más complejos: todos los procesos inherentes a las apropiaciones y resignificaciones de los discursos sobre el pasado que eran inherentes a su presencia en el espacio público.

Patrimonio, un argumento, claro está, vinculado al anterior —y más en general a las construcciones de las memorias sociales— acerca del que fue pionero en la Argentina y sobre el que dejaría inolvidables trabajos, por ejemplo sobre los usos

del movimiento a la Bandera o la repatriación de los restos de Rosas y aún mucho antes sobre las alegorías en/del primer Centenario (HOURCADE, 1994). Esa voluntad de escudriñar en la tarea del historiador en su imaginaria, en sus trucos, en los efectos no deseados del empleo de una palabra pública, fue algo que se adaptaba admirablemente bien a su mirada suspicaz e inquisidora, sin ingenuidades.

A la hora de hacer un balance debería observarse que escribió mucho y publicó relativamente poco. A veces no estaba convencido porque la crítica que aplicaba a los otros la aplicaba, ante todo y más severamente, a sí mismo. Es de esperar que parte de una mole de inéditos cuyas dimensiones son difíciles de precisar vean a la luz más temprano que tarde.

Publicó poco, pero lo que entregó a la imprenta lo hizo con una escritura cuidada, elegante y sin afectación. Lo hizo también, a menudo, con métodos artesanales: esos textos impresos de los que no se sabía cómo conseguir la versión digital. Agréguese también que no entraba en sus argumentos en *medias res* sino que gustaba vagabundear sobre los orígenes, a veces lejanos, de la cuestión que trataba e, inversamente, a veces decidía terminar abruptamente como si pensase que ya era suficiente o que ya había dicho lo necesario. Tampoco alardeaba de las notas a pie de páginas, bastaban aquellas que consideraba suficientes o mejor imprescindibles. No le preocupaba lo que dijese la comunidad académica, sea sobre los temas de sus publicaciones, que a menudo estaban lejos de aquellos que había indicado en sus proyectos en CONICET o en otras partes (pero no era el único en aquella generación, recuérdese solo acá a su compinche Ricardo Falcón), sea sobre el número de sus publicaciones o los lugares de edición. Una carrera académica hecha sin creer en ella ni seguir las reglas.

Dicho todo ello, todavía podía agregarse (pero el lector que ha llegado hasta acá lo sabe) era lo contrario de un carrerista hiper especializado. Era, en cambio, una persona de vastas lecturas cosmopolitas, de las que no alardeaba pero que aparecían permanentemente más en sus escritos que en su conversación. Casi podría decirse que disfrutaba de la dispersión y de tener muchas canteras abiertas que, pensaba, iba a lograr cerrar en su debido momento. Y era así porque empezaba una nueva investigación sin haber terminado la precedente, ¿Podría recordarse que Tulio Halperin Donghi describía de un modo semejante su pertinaz tendencia a la dispersión, a distraerse incesantemente con nuevos temas, en una excelente entrevista que le realizaran en los *Cuadernos del CLAEH* hace muchos años? (DA ORDEN Y MELON, 1994). Será esa búsqueda, esa curiosidad intelectual, y no aquella otra que es la

búsqueda del tema a la moda (y si es transnacional mejor), acotado y controlable heurísticamente, a ser publicado en revista con referato (y con cuanto mayor ranking mejor) que nadie lee por lo demás, como lo muestran desde hace años los estudios bibliométricos. El que esto escribe tiene una opinión al respecto que cree coincidía con la de Hourcade. ¿Un problema de generaciones y de cambios en el modo de ejercicio de la profesión? Sea. ¿Se permitirá decir sobre ello, *mundus senescit?*

### III

Que Hourcade era una persona querible y querida lo muestran rápidamente los trabajos que componen este dossier, ya que todo los que escriben en él tenían además de vínculos profesionales y personales también un afecto hacia Hourcade. Todos se avinieron de muy buen grado y prontamente, con una sola excepción que, como decía aquel comienzo famoso, «de cuyo nombre no quiero acordarme», aunque sea un apellido no un lugar.

Hay aquí tres generaciones y no se refiere a cuestiones etáreas, sino académicas. Aquellos que fueron sus profesores y además sus colegas. Me refiero a Roger Chartier, su director de tesis e inspirador de muchos de los temas de la misma, a Jacques Revel, que tanto apoyó sus invitaciones a París y con el que compartiera muchos momentos académicos a ambos lados del atlántico, a Francois Hartog, de quien fue un continuador de temáticas y problemas, en especial en los temas de memoria y patrimonio, a Patrice Vermeren, con quien lo unía una larga amistad.

La segunda, la de aquellos que fueron sus coetáneos y compartieron con él ámbitos, intereses historiográficos y temáticas. Así Sabina Loriga, quien impulsó además el involucramiento de Hourcade en algunas de sus iniciativas en la EHESS, como el *Atelier sur les Usages Publics du Passé* y lo que luego sería *Passés Futurs*, en cuyas fases preliminares Hourcade participó; así Darío Roldan, otro profundo conocedor y cultor del pensamiento francés de la primera mitad del siglo XIX y con el que coincidió en Buenos Aires, en Rosario y sobre todo en París; así César Tcach, al que lo unía una firme amistad cimentada entre otros lugares en esta revista; así quien esto escribe. Finalmente, aquellos que fueron directa o indirectamente sus dirigidos o sus discípulos: Mario Gluck, Natacha Bacolla.

Desde luego que el punto de unión de este y cualquier otro dossier de homenaje es el vínculo de los autores con el homenajeado y en ese sentido el volumen

tiene como lazo de unión que todos los artículos enfocan argumentos que era familiares a los que Hourcade desarrolló. En las mismas consignas se les pidió a los convocados a que, en la medida de lo posible y no obligatoriamente, trataran de abordar temas que habían formado parte de los intercambios intelectuales con Hourcade. En este sentido el dossier constituye la prolongación de un diálogo imaginario con él. Incluso el único trabajo que escapa a ese criterio, y que no es un artículo sino una evocación personal, en la misma contiene también los dos registros; el personal y el académico con atención especial a la tesis de doctorado de Hourcade. Dentro de ese cuadro general hay un equilibrio entre estudiosos de ámbito francés y estudiosos de ámbito argentino, tal cual fue el itinerario de Hourcade, un estudioso entre dos mundos.

Se ha querido reflejar el hecho de que no hubo la vocación de un número monográfico incluyendo los artículos por orden alfabético de los autores, aún si hay área de coherencia entre muchos de los trabajos. Una mayoría de los mismos podría ser etiquetado bajo un subtítulo posible: historia y memoria. Aun allí predominan las diferencias dentro de un registro común que podríamos sintetizar en una palabra: reflexividad. Esas diferencias dan cuenta de otra cosa: a partir de problemáticas comunes, hay líneas de desarrollo diferentes. Ello espeja itinerarios intelectuales alternativos, que nos recuerdan como aquello que en una época se llamaba quizás impropiaemente, «escuela de *Annales*», pero que sin serla tenía con todo algunos rasgos compartidos, ha seguido en el último medio siglo trayectorias muy diferentes —y nos referimos a historiadores en personas que coinciden generacionalmente y que formaban parte de un mismo cluster.

Tómense los tres trabajos más generales, los de Chartier, Hartog y Revel, que comparten una pregunta por la historia hoy, pero que para responderla eligen vías alternativas. Revel se mantiene cerca de aquellas perspectivas que, por ejemplo, habían propuesto el editorial de *Annales* de 1989, «Tentons l'expérience», o luego en el *Jeux d'échelles* y que encontraba en un modelo fuerte de historia ciencia social apoyado en la noción de experimentación el instrumento central (*Annales*, 1989; REVEL, 1996). Lo tenía también en la cuestión de las escalas, que venía a resignificar a la contribución microhistórica, desplazando las incrustaciones positivistas que la permeaban, para colocarla, en un juego de perspectivas cruzadas que implicaban necesariamente la idea de discontinuidad de lo social. Y ello era así porque los resultados en cada escala no eran homologables y por ende no sintetizables. Enriquecían la mirada del objeto a través de su contribución a una construcción ideal como ins-

trumento de reflexión (la copia teórica en el decir de Bernard Lepetit). Desde luego que el panorama ya no es el mismo, como anota Revel, en al menos dos aspectos: la expansión de la historia global y los nuevos problemas de diseño que implica y la internacionalización, aunque sea todavía relativa de la historiografía.

Un camino muy diferente iba a seguir Roger Chartier, más interesado, como muestra el artículo aquí incluido, en continuar la exploración de los vínculos entre historia y ficción, en los que la perspectiva hermenéutica ocupa el centro de la reflexión. Aquí podría postularse una secuencia desde aquellas cuatro preguntas a Hayden White de 1994 (sino desde antes), hasta este nuevo intento de acercarse y a la vez problematizar las relaciones entre historia y ficción, ahora en el *nuevo* contexto que proponen los nuevos lugares que ocupan la historia y la memoria (CHARTIER, 1994). En ese contexto, y manteniendo todas las diferencias entre las operaciones que proponen la historia y la literatura, ¿no podría la primera beneficiarse de la capacidad de la ficción de captar lo que Greenblatt denomina «energía social», es decir la capacidad de iluminar la potencia de los ritos, lenguajes y practica del mundo social o, al menos, de ayudar al historiador a formularse a partir de las miradas de la literatura nuevas preguntas históricas? Ciertamente, como postula Chartier, también en el contexto contemporáneo emergen otras acechanzas, como las que derivan de la afirmación de identidades construidas o reconstruidas, para lo cual la capacidad de la historia de generar criterios de validación de esas operaciones vuelve no solo a ser necesaria, sino a alejarla de la literatura.

En este último punto, el trabajo de Chartier empalma con el estudio de caso que propone Mario Gluck, al comparar dos operaciones de reforzamiento identitario (aunque Gluck prefiere operar con la categoría de «tradiciones inventadas»): la consagración del día de la bandera en México y en Argentina y todas las diferencias entre los actores involucrados en cada caso. Un tema muy cercano, además, a propuestas y a trabajos afines desarrollados por Hourcade (recuérdese su gran trabajo sobre el monumento a la bandera de Rosario). En la lectura de Gluck, las muchas diferencias entre los dos casos nacionales —y debe señalarse que la comparación por él propuesta es individualizadora— estudiados con una extensa evidencia empírica, encuentran un punto fuerte común: la intencionalidad política de proponentes y gobernantes, intencionalidad que constituye la clave de interpretación de su trabajo.

Una cuestión análoga plantea César Tcach en su estudio sobre los usos del Cordobazo. No se trata, sin embargo, como en el caso del trabajo de Gluck, de formas de patrimonialización, como en la instauración oficial de lugares de memoria en

torno a símbolos, sino de lo que puede denominarse construcción de memorias políticas en la encrucijada de memorias y olvidos. Con todo, esa operación, aunque alude inicialmente al lugar de ese acontecimiento en la construcción de identidades colectivas, prefiere centrarse sobre todo en los usos o no usos que los cuadros de la izquierda, del peronismo y radicalismo hicieron del mismo, aún si se las llama culturas políticas. Remite, así, no al terreno de los problemas de las memorias culturales o intercomunicativas (en la terminología de Assmann [1997]) sino al de la intencionalidad y manipulación política y, en este terreno, el trabajo propone desde preocupaciones comunes una vía conceptualmente diferente a la de Hourcade.

Empero, con la problemática de Chartier lindan también los textos de Hartog y más indirectamente de Loriga. También Hartog propone una reflexión sobre las relaciones entre historia y memoria, pero su línea de argumentación va a seguir un derrotero bien diferente al de Chartier. Ante todo, a Hartog le interesa pensar los cambios en la relación entre ambas vinculándolos con los cambios en lo que él ha llamado régimen de historicidad. Son esas mutaciones, así como el legado de las terribles experiencias del siglo xx, afirma Hartog, las que estarían en la base de la expansión de la memoria por sobre la historia en los tiempos recientes al punto de preguntarnos, provocativamente, si esa expansión no llegará al punto de convertir a la misma historia en un lugar de memoria. Sin embargo, la conclusión de Hartog no es pesimista, ya que, admitiendo la necesidad de construir una nueva concepción de la historia, y remarcando el fin del eurocentrismo y la pluralidad de civilizaciones, postula que esa nueva historia tendrá más posibilidades de emerger fuera de Europa que dentro de ella.

En el caso del texto de Loriga, el núcleo de preocupaciones retorna por otra vía el de la cognoscibilidad del pasado que está presente en Chartier. No estamos aquí en un enfoque macro, o si se prefiere general, sino en el de la indagación de un caso particular. Ciertamente, un caso de extraordinaria capacidad reveladora (un poco en línea también con las sugerencias de Revel en su artículo): Derrida y la historia, o, mejor aún, Derrida y los historiadores. Es decir, la cuestión de los desafíos que propuso el deconstruccionismo o si se prefiere, con una expresión más ambigua y difundida, la llamada posmodernidad. Loriga aborda el problema a través de un fino análisis filológico ligado a algunos pasajes de Derrida a partir de su célebre expresión de «no hay fuera del texto», que no indicaría según su lectura la supresión del contexto, y al hacerlo de la «realidad», sino que no hay escisión discernible entre texto y contexto, con lo cual la amenaza hacia el conocimiento del pasado

se disolvería. La segunda cuestión repropone el problema pero, desplazando la visual, remite a los dilemas que surgen en ciertos trabajos de Derrida en torno a la posibilidad o imposibilidad de descifrar el texto–contexto, dada la inagotable opacidad laberíntica del conocer desde unos incesantes e ilimitados desplazamientos que multiplican al infinito las significaciones posibles. La cuestión de la «diseminación» pero que encuentra su contracara en la voluntad de búsqueda.

El artículo de Darío Roldan, a su vez, admite al menos dos interlocuciones. Con la obra de Eduardo Hourcade en tres sentidos: la preocupación por el surgimiento de la historiografía moderna, por esa primera parte del siglo XIX francés posrevolucionario y hacia una historiografía de referencia que, aunque con diferencias proviene de aquella matriz que fue la EHESS. Si embargo y acá emerge un matiz no irrelevante, el universo de referencias de Roldan y Hourcade se diferencian a partir de ese núcleo común al ser el primero un consecuente tertulio intelectual del grupo de estudiosos del Centro Raymond Aron que en su momento promoviese François Furet, es decir del lugar de convergencia entre filosofía y pensamiento político y algo alejados de los enfoques que podía priorizarla línea de historia cultural y memorial a la manera de la revista *Annales*. En ese sentido, el artículo de Roldán también puede verse a contraluz con los de Chartier y Hartog. Otra vez aquí entonces, en el centro está la política y en este caso la revolución. Al estarlo, la genealogía que esboza Roldán del surgimiento de una nueva forma de hacer historia a partir de la exploración atenta de las obras de Constant y Guizot, seguramente congruente para el caso francés, es bien diferente de la que, tras las huellas de Koselleck, propondrá, por ejemplo, Hartog (HARTOG, 2003).

El trabajo de Natacha Bacolla quien fuera alumna y luego estrecha colaboradora de Hourcade como Profesora adjunta de la cátedra de Historia social contemporánea, explora aquí el itinerario de la *Revista de Economía Argentina* en la década de 1920. Colocado en la relación entre historia intelectual y la construcción de saberes técnico–profesionales, el trabajo se propone en sus palabras, la «deconstrucción» de la revista, un corpus documental ciertamente transitado en las ciencias sociales argentinas, para sostener el argumento de la multiplicidad de matrices intelectuales y de propuestas que convivían en ella y que iban mucho más allá de las ideas de su director. A su modo acá retornan las inquietudes que fueron ya las de la microhistoria: reducir la escala de observación para poder percibir mejor la complejidad del objeto indagado. Asimismo, el trabajo busca percibir las dinámicas que se desplegadas en los años argentinos de la entreguerra si iluminadas desde diferentes contextos.

Cierra el dossier el recuerdo de Patrice Vermeren. El mismo articula, como ya señalamos, dos registros y varios momentos. Por un lado, la evocación personal que repropone trazos de los ámbitos de sociabilidad compartidos en Rosario y en París y por el otro los encuentros intelectuales, institucionales y no institucionales ya que los primeros se engarzan en un continuo más largo provisto por los segundos. Particular relevancia otorga Vermeren a dos momentos. El primero, es el de la tesis de Hourcade y de su defensa observando en ella la originalidad del ensamble de las sucesivas miradas de ida y vuelta, de los franceses sobre América Latina y los que solemos llamar argentinos sobre Francia. A partir de las clásicas miradas subalternizadoras de la ilustración, así como la originalidad del registro documental en que reposa la investigación de Hourcade que se aleja de los textos canónicos para explorar otras fuentes menos transitadas, como la prensa. El segundo momento, la defensa de la tesis de Mercedes Betria, codirigida por ambos, sobre la generación de 1837 y la constitución de un orden político moderno, tesis en la que Hourcade veía con complacencia la prolongación y la resolución de preguntas compartidas.

A la hora de concluir, es de esperar que este justo homenaje a Eduardo Hourcade que continúa una tradición que ennoblece a la revista *Estudios Sociales* haya podido ayudar tanto a evocarlo como a mirarlo de un modo nuevo desde los ojos de los otros que fueron tanto sus interlocutores intelectuales como sus amigos. Y ciertamente si todo ello fue posible se debe a la enorme generosidad de Hugo Quiroga que, de muchos modos, logró realizarlo.



## Referencias bibliográficas

- ANNALES (1989): «Tentons l'expérience», en: *Annales*, n° 6, pp. 1317–1323.
- ASSMANN, JAN (1997): *La memoria culturale. Scrittura, ricordo e identità politica nelle grandi civiltà antiche*, Turín, Einaudi.
- BARTHES, ROLAND (1988): *Michelet*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CHARTIER, ROGER (1994): «Cuatro preguntas a Hayden White», en: *Historia y Grafía*, n° 3, pp. 231–246.
- DA ORDEN, MARÍA LILIANA Y MELON, JULIO (1994): «De historia, itinerarios y perspectivas. Entrevista con Tulio Halperin Donghi», en: *Cuadernos del CLAEH*, n° 1.
- GODOY, GIGI Y HOURCADE, EDUARDO (EDS.) (1992): *Marc Bloch, una historia viva*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- GODOY, CRISTINA Y HOURCADE, EDUARDO (1993): *La muerte en la cultura. Ensayos históricos*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario.
- HARTOG, FRANÇOIS (2003): *Régimes d'historicité. Pré-sentisme et expériences du temps*, París, Seuil.
- HARTOG, FRANÇOIS (2018): *La nación, la religión, el porvenir. Sobre las huellas de Ernest Renan*, México DF, Ediciones Navarra.
- HOURCADE, EDUARDO (1992): «El conocimiento histórico objetivo según Ranke», en: *Estudios Sociales*, n° 1, pp. 209–214.
- HOURCADE, EDUARDO (1994): «Nota Bibliográfica a: Roger Chartier, Libros, lectores y lecturas en la Edad Moderna, Madrid. Alianza, 1993», en: *Estudios Sociales*, n° 7, pp. 205–207.
- HOURCADE, EDUARDO (2006): «La historia como ciencia social en Rosario entre 1955 y 1961», en: Devoto, Fernando (Comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Editores de América Latina, pp. 299–324.
- HOURCADE, EDUARDO, GODOY, CRISTINA Y BOTALLA, HORACIO (1995): *Luz y contraluz de una historia antropológica*, Buenos Aires, Biblos.
- REVEL, JACQUES (ED.) (1996): *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard/Seuil.